

El fuego que devora la memoria.

La pérdida de la naturaleza, el abandono del territorio y la vida que no volverá.

1. Un paisaje que se desvanece.

La Serra d'Espadà, en la provincia de Castellón, era uno de esos lugares donde la naturaleza parece haber detenido el tiempo. Sus alcornoques centenarios, pinos, algarrobos y olivos milenarios constituían un paisaje que, para quienes lo conocían, era difícil de olvidar. En sus senderos la vida se manifestaba en múltiples formas; era un ecosistema completo.

En el verano de 2026, gran parte de ese territorio ha ardido. Los árboles que habían resistido siglos han sido devorados por el fuego. Lo que era un paisaje vivo se ha convertido en ceniza.

La pregunta que plantea este incendio no es solo técnica o política. Nos interpela también sobre el valor que atribuimos a lo que desaparece. Porque cuando un árbol milenario se quema, no se pierde solo madera, se pierde un testigo de la historia, una presencia que estaba ahí antes que nosotros y que, de no haber sido por el fuego, seguiría ahí después. Quienes lo conocieron y quienes nunca podrán conocerlo han perdido algo más que miles de hectáreas quemadas, han perdido un fragmento de su memoria colectiva.

2. La paradoja de los números.

Los datos de los últimos años dibujan una realidad contradictoria. El verano de 2025 fue, según la Comisión Europea, el peor para el territorio de la Unión Europea en un siglo: más de un millón de hectáreas quemadas, casi el doble de la media de los últimos años. España y Portugal concentraron el 43% de esa superficie. En 2025 ardieron 120.974 hectáreas en España, una cifra que, siendo alarmante, es inferior a las casi 500.000 hectáreas que ardían anualmente en la década de 1990.

Esta comparación revela una paradoja: en los años 90 ardía más superficie que ahora y, sin embargo, la sensación de catástrofe era menor. ¿Qué ha cambiado? Los incendios de hoy no son los de ayer. Ya no son fenómenos estacionales y predecibles que los servicios de extinción podían manejar con los medios adecuados. Son megaincendios, fuegos que avanzan con una velocidad y una virulencia que desbordan cualquier capacidad de respuesta.

En agosto de 2025, varios incendios de más de 10.000 hectáreas ardieron simultáneamente en la península ibérica, colapsando los sistemas de extinción y obligando a activar por primera vez el Mecanismo de Protección Civil de la UE. El incendio de Uña de Quintana, en Zamora, superó las 40.000 hectáreas, el mayor desde 1968. Los bomberos, desbordados, describían fuegos que no se comportaban como los que habían combatido durante toda su carrera.

3. El cambio climático y el abandono rural.

Dos factores explican esta transformación del fuego. El primero es el cambio climático. Las condiciones de calor extremo que alimentaron estos incendios son, según un estudio del World Weather Attribution, 40 veces más probables que en un clima sin calentamiento global, y un 30% más intensas cuando ocurren. La ola de calor asociada fue 200 veces más probable debido a la crisis climática. Dicho de otro modo, lo que antes era excepcional se ha vuelto habitual, y lo que era intenso se ha vuelto extremo.

El segundo factor es el abandono rural. España es uno de los países europeos con mayor tasa de despoblación rural. Durante décadas, los jóvenes han ido marchándose de los pueblos. Los campos se han dejado de cultivar, los bosques han dejado de gestionarse y el monte se ha llenado de una vegetación que nadie limpia. Ese matorral acumulado es el combustible perfecto para el fuego. Casi la mitad de la superficie quemada en 2025 correspondió a este tipo de vegetación. La naturaleza, cuando no se cuida, se convierte en un peligro.

La gestión forestal no es un gasto, sino una inversión. Sin embargo, los gobiernos, acostumbrados a la lógica del corto plazo, prefieren destinar recursos a la extinción, más espectacular y mediática, que a la prevención. Y así, año tras año, se prioriza el fuego apagado sobre el fuego evitado.

4. La pérdida de lo irrepetible.

Los datos y el análisis político no agotan el problema. Hay una dimensión que rara vez se menciona en los informes: la pérdida de lo que no puede recuperarse.

Un alcornoque centenario no es una tabla de madera. Es un ser vivo que ha permanecido durante generaciones, viendo pasar personas, animales y estaciones. Su presencia es testimonio de una historia que nadie ha escrito pero que todos los que lo han visto han sentido. Cuando arde, no se pierde madera, se pierde un testigo de nuestras propias vidas.

Lo mismo ocurre con los seres que habitaban el bosque. Ardillas, pájaros, reptiles, insectos, gusanos; todo eso era vida. Y cuando el fuego arrasa, esa vida desaparece sin dejar rastro, sin que los titulares recojan su pérdida. Quien ha caminado por la Serra d'Espadà y ha sentido la experiencia de estar entre esa vida sabe que la conexión con la naturaleza no es una metáfora. Es una experiencia real que nos recuerda que también nosotros somos naturaleza.

Por eso la Serra d'Espadà no es un caso más. Es un lugar concreto, con nombre y con historia, que está ardiendo. Quienes los conocieron sienten una pérdida que va más allá de las cifras y quienes nunca podrán conocerlos no sabrán lo que han perdido. Y ese es el mayor daño del fuego, lo que roba al futuro.

5. Un acelerador de la despoblación.

La pérdida del paisaje no es solo emocional. También es económica y social. En una España en la que el territorio rural se está despoblando, el fuego actúa como un acelerador de la tendencia al vacío.

Los pueblos del interior de Castellón, como los de toda la España vaciada, viven en buena medida del paisaje. Restaurantes, casas rurales, actividades de turismo de naturaleza y guías locales; todo depende de que el paisaje sea bello, los senderos transitables y los bosques sean un atractivo. Cuando el fuego arrasa, ese atractivo desaparece y, con él, el sustento de quienes viven allí.

Quienes han dedicado su vida a ofrecer hospitalidad en un entorno privilegiado y han construido su proyecto de vida alrededor de la belleza natural que ahora arde, se enfrentan a un futuro incierto. El fuego no solo quema árboles, quema proyectos de vida, economías locales y la posibilidad de que los jóvenes se queden en sus pueblos. Para algunos municipios, el incendio es una sentencia de muerte.

6. Apuntes sobre lo que debería hacerse.

Ante esta tragedia, no basta con lamentarse. Hay medidas concretas que podrían frenar esta deriva, aunque su aplicación exige voluntad política y recursos que no siempre están disponibles. De hecho, el Gobierno de la Generalitat Valenciana, en sus presupuestos de 2026, ha reducido un 10% la partida destinada a la prevención de incendios, pasando de 118 millones de euros en 2025 a 107 millones en 2026. Una reducción que, en este contexto, resulta difícil de justificar.

En el sentido contrario, éstas son algunas propuestas que merecen ser consideradas:

- **Gestionar el territorio:** destinar fondos estables a la limpieza de montes, la creación de cortafuegos y la recuperación de la agricultura tradicional como herramienta de prevención.
- **Cambiar el modelo de extinción:** invertir más en prevención que en extinción, porque cada euro invertido en prevenir ahorra varios en apagar.
- **Planificar el uso del suelo:** revisar los planes urbanísticos y forestales para evitar la construcción en zonas de alto riesgo.
- **Fomentar el relevo generacional:** crear incentivos para que los jóvenes se queden en el medio rural y mantengan vivo el territorio.

- **Políticas de Estado:** abordar la despoblación como un problema estructural, con un plan a largo, plazo más allá de los ciclos electorales.
- **Cooperación europea:** aprovechar los fondos de la UE para financiar la gestión forestal y la adaptación al cambio climático.
- **Sensibilización y educación:** incorporar la cultura del fuego y la prevención en el sistema educativo.

Estas medidas no son nuevas. Los técnicos llevan años reclamándolas.

7. El silencio que dejará el fuego.

El silencio en la Serra d'Espadà no será el mismo. La belleza que antes sobrecogía ahora se habrá convertido en un paisaje desolador. Los árboles, testigos de nuestra historia colectiva, habrán desaparecido.

El fuego que devora la memoria no es solo un incendio forestal. Es la expresión de una crisis más profunda: la de nuestra relación con el territorio, con la vida que lo habita y con el futuro que queremos construir.

No podemos seguir tratando el fuego como un fenómeno estacional, como un problema técnico o como una cuestión presupuestaria. Es el síntoma de un modelo de desarrollo que ha abandonado el campo, ha despoblado el territorio y ha acumulado el combustible para el fuego que ahora nos devora.

La pregunta no es si habrá más incendios, sino si estamos dispuestos a aceptar que el paisaje que amamos deje de existir. Y si la respuesta es "no", habrá que actuar: gestionar el territorio, prevenir el fuego, invertir en la vida que lo habita. Porque si olvidamos lo que hemos perdido, perderemos también la capacidad de proteger lo que todavía queda.